

—Si las personas á quienes amo son culpables, y vos sois hombre de honor, procurad salvarnos de la deshonra. Yo ya estoy perdida.

—Santa, os amo y os amaré siempre.

Estas fueron las últimas palabras que cambiaron Santa y el capitán Estrelles.

## XIV.

**Luz y telegrafía.**

*Berta Richard á Nicolasa Fonterose.*

«Recibí tu carta. Me han impresionado tus noticias. Manda esta tarde á buscar al correo carta mía. »Es muy urgente. Mi marido te escribe en este momento.»

«BERTA.»

Después de leer este despacho, la señorita de Fonterose, que estaba hablando con su futuro, le miró frente á frente.

Roger no pudo sufrir su mirada y bajó la cabeza.

Nicolasa dobló el despacho y se lo metió en el bolsillo.

—¿Es un despacho de París? la preguntó Roger.

—Sí, de una amiga de colegio.

¿Sería una indiscreción preguntaros cómo se llama?

—No, por cierto. Berta.

—¿Berta de qué?

—Berta Richard.

—¿Es la mujer ó la hija de un banquero de ese apellido?

—La mujer. Jorge Richard tendrá á lo sumo treinta y seis ó treinta y siete años ¿Le conoceis?

—Le he visto alguna vez en el mundo de los negocios.

—¿Frecuentais el trato de los hombres de negocios?

—Sin duda. Son los reyes del día. Los nombres mas aristocráticos figuran en sus registros.

—¿Y entre ellos el vuestro?

—De todo os burlais.

—Hasta del Buey de oro, os lo confieso.

—El dinero es el Dios del día. Se destrona á los reyes, pero se respeta á los banqueros. Me he dejado llevar por la corriente. Hago antesalas á los millonarios. Pero no consentiré que ponga los pies en sus salones la señora de Ambares.

—Pues á mi no me asustan los hombres de negocios. Los puede haber muy honrados.

Nicolasa estuvo todo el día preocupada por el despacho de Berta.

No acertaba á explicarse su contenido.

Binic tuvo que hacer un nuevo viaje á Vannes con orden expresa de reventar el caballo, si era preciso para ganar un cuarto de hora.

Todos los huéspedes del castillo estaban en el salón. Nicolasa tocaba al piano los célebres walses de la *Vuelta al Mundo* cuando entró Binic con la suspirada carta.

Recibirla, y cerrar el piano, fué todo uno.

La dispersión fué completa.

El general hizo una seña á la institutriz y desapareció.

La marquesa y los Fontrailles no tardaron en seguirle.

Solo quedaron en el salon Máximo, el capitán y Roger.

El capitán se había metamorfoseado en un hombre de ley.

Ningun abogado hubiera hecho una defensa mas razonada y elocuente de los Kerandal.

Se había cometido un crimen para robar á la víctima. ¿Dónde estaban las pruebas? ¿Es lógico creer que una persona lleve encima grandes sumas? ¿Para qué sirven los Bancos? ¿Para qué sirven las letras de cambio?

La locura de Maria Ana era otro hecho indudable. ¿Puede darse crédito al testimonio de una persona privada de la razón?

Juana no se había mostrado parte en el juicio. ¿Podrían ser los jueces más exigentes que la hija de la víctima?

Evidentemente, no.

Luego había que tener en cuenta la respetabilidad del nombre de Kerandal y los antecedentes de honradez de las personas que lo llevaban.

El remordimiento hacía elocuente al capitán.

La indignación que le inspiraba su propia obra, le hubiera hecho poeta.

Nicolasa se retiró á una habitación próxima para leer la carta del marido de su amiga.

Los detalles que la daba acerca de la situación de su futuro no la impresionaron.

No le amaba.

Antes por el contrario, la inspiraba una aversión y se invencible alegraba de verla justificada.

Tenía una fé ciega en el marido de Berta.

La carta del banquero Richard estaba concebida en estos términos:

«Mi querida amiga:

»Vuestra carta nos ha aterrado.

»No creíamos que os decidiríais tan pronto, ni que vuestra madre no hubiera pedido informes acerca de la conducta y de los antecedentes del hombre á quien os destinaba.

»Roger de Ambares está completamente arruinado.

»No solamente no tiene sobre qué caerse muerto, sino que está agobiado de deudas.

»Ha vendido su hotel, y sus demás bienes es-

»tán hipotecados por sumas superiores á su valor.

»Su desenfrenada pasión por el juego, le ha reducido á este estado. La Bolsa, las cartas y el Círculo, han devorado su fortuna y la de sus parientes.

»Otras pasiones se dulcifican ó desaparecen con el tiempo.

»El juego es eterno. Nadie se cura de él.

»Y no es esto todo.

»Roger de Ambares vivía maritalmente, ó al menos en relaciones constantes, con una mujer á quien había puesto casa en la calle de Atenas.

»Lo he sabido por una casualidad.

»La casa de su querida era mía.

»Un día fuí á dar órdenes para que se hicieran en ella algunas reparaciones.

»Vi á su querida y realmente me pareció digna de otro título mas honroso para ella.

»Roger la trataba como si fuera su esposa, y en todo el barrio la tenían por tal.

»Era una mujer hermosa, distinguida y de una educación esmerada por todo extremo.

»Os doy estos detalles y os remito esta carta por el ferrocarril, con objeto de ganar tiempo.

»Ved lo que haceis, hija mía. Por vuestra hermosura, por vuestra juventud, por vuestros sentimientos, por vuestro nombre, mereceis ser feliz.

»Al lado de un hombre de esa índole no podreis serlo.

»Berta os manda un cariñoso abrazo.

»Esperad. En Francia hay hombres dignos de vos.

»Vuestro amigo,

»JORGE RICHARD.»

«P. D. ¿A qué tristes y misteriosos asuntos os referís en vuestra carta?»

Máximo, el capitán y Roger salían del salón cuando entraba en él Nicolasa.

El reloj apuntaba las once y media.

—Señor Ambares, dijo Nicolasa, ¿teneis mucha prisa?

—No. ¿Por qué me lo preguntais?

—Porque tengo que deciros dos palabras.

Y volviéndose hácia Máximo y el capitán, añadió:

—Somos prometidos y podemos hablar á solas algunos minutos.

—Esperadme ahí fuera, dijo Roger á Máximo y al capitán; no sé por qué, se me figura que huele á pólvora.

## XV.

### Una explicación delicada

Quando los dos amigos de Roger se retiraron, la señorita de Fonterose se dirigió hácia la puerta del salón y la cerró.

—Señor Ambares, dijo á Roger, tenemos que hablar, y como es mucho lo que tengo que deciros, tomo mis precauciones para que nadie nos interrumpa. ¿Vos no tendreis prisa?

Roger se sonrió forzadamente.

—Estoy á vuestras órdenes, la contestó.

Nicolasa tenía la carta fatal en la mano.

—Me habeis dispensado el honor de pedir mi mano, comenzó Nicolasa. Mi madre, perturbada por sus meditaciones teológicas, ha creído que érais vos el elegido por la Providencia para hacer mi felicidad y perpetuar la gloria de los Fonterose. No sé dónde tomaría sus informes, pero supongo que lo haría de personas por quienes no temiera creerse contrariada. No lo crítico. Todos estamos sujetos á error. Pero yo creo que en vez de consultar estas cosas con un prelado, debió consultarlas con un hombre de negocios, puesto que conoce á tantos. No os alarmeis. ¿No veis que tranquila estoy yo? No he buscado la luz que necesitaba. Ella ha venido hasta mí... desde París. Vamos á los hechos. He recibido una carta de un amigo en quien tengo completa confianza, hombre probo y serio. Yo no le pedia las noticias que me ha dado en contestación á la carta en que le anunciaba mi matrimonio. Primero me mandó su mujer un despacho telegráfico, y él, después, me ha escrito esta carta.

Roger escuchaba con una tranquilidad perfecta.

—¿Y qué os dice en esa carta? preguntó.

—Primeramente me da un detalle sin importancia.

—¿Sin importancia?

—Sí

—¿Cuál?

—Qué estais arruinado.

—¡Ah!

—Pero completamente arruinado. Si todavía conservais algo....

—Seguid.

—Son las deudas que habeis contraído.

Ambares comprendió que estaba perdido.

Pero, como los gladiadores romanos, quiso prolongar la lucha hasta hallar una manera artística de caer.

—Tendría gusto en saber dónde ha recogido vuestro probo y leal amigo esos informes acerca de mí.

—En el mundo de los negocios, amigo mio; es el suyo. Yo tenía una compañera de colegio, mi mejor amiga, la hija de un notario del barrio de los Mercados, un simple notario, y se casó con el hijo de un banquero, de un hombre de fortuna, pero modesto y sin pretensiones. Y son dichosos dentro de la clase á que pertenecen, mas dichosos que podríamos serlo nosotros. A él le debo las noticias que tengo de vos, y que, en el mero hecho de dármelas él, no pueden menos de ser ciertas. Estais completamente arruinado. Todos los bienes que poseis en pro-

vincias están hipotecados y vuestro hotel de París ha caído en manos de usureros y de judíos. No discutamos. Yo he encontrado un medio de salvaros. Es una manía que se ha apoderado de mí. Quisiera poder salvar á todo el mundo. Debéis sumas enormes. ¿A qué cantidad ascenderán?

Fascinado por las miradas de Nicolasa, Roger cambió su frente de batalla y confesó.

Nada podía adelantar negando.

—Setecientos u ochocientos mil francos, contestó.

—Es una cantidad respetable, en efecto, ¿Qué valen vuestros bienes?

—Dos millones, próximamente.

—¿Comprendido el hotel de París?

—Sí.

—¿Habeis vendido parte de vuestros bienes?

—Alguna parte.

—Sed franco. Los habeis vendido todos.

—Todos, no, pero poco menos. Pero puedo recuperarlos.

—Pagando, es indudable.

—¿Por qué me habéis dicho que el detalle de mi ruina no tiene importancia?

—Porque no hubiera sido un obstáculo para nuestro enlace.

Y bajando la voz añadió:

—Pero la manera que habeis tenido de perder vuestra fortuna es peor que su misma pérdida. Sois

un jugador incorregible. Jugáis á todo, á la Bolsa, al bacarrat, á la ruleta, al monte. No habeis retrocedido ante ningun medio para ganar, ni ante los más reprobados. Esto ya es más grave.

—Os juro que....

—Pero supongamos que consiguiérais corregiros de ese vicio, cambiando de país, de amigos... Hay algo más todavía.

—¿Qué más dudas teneis de mí?

—¿Recordais lo que me dijisteis hace tres dias en la torre de Elven?

—Os dije que os amaba.

—Es verdad.

—¡Os amo más que á mi vida!

—¿Y no me dijisteis más?

—No recuerdo.

—Vos lo habeis olvidado, pero afortunadamente yo lo tengo presente. Me dijisteis que era vuestro primero y único amor. ¿No es verdad que me dijisteis esto?

Roger permaneció mudo.

—Ese silencio os honra, dijo Nicolasa.

—Y cambiando de tono añadió:

—¿De qué clase de gente se compone vuestro mundo? ¿En qué infame tugurio recibe sus lecciones? ¿Porque yo poseo una fortuna que no he buscado y que desprecio, creéis que no es posible que un hombre honrado se case conmigo? Sed franco.

He aquí el cálculo que habeis hecho. «Nicolasa es rica y me casaré con ella para rehacer mi fortuna, abandonando á la desgraciada mujer á quien he seducido, á quien he engañado miserablemente, á quien en último término haré callar con el oro de mi mujer. Esto es odioso, Roger. Se puede perder el dinero y conservar el corazón. Vos lo habeis perdido todo.

—¡Nicolasa! exclamó Roger con voz suplicante. Hay fatalidades...

—Esa es la palabra. Hay fatalidades y vuestra llegada á este país es una de ellas. Juana Trelan no estaría aquí si vos hubiéseis permanecido en París. Pero Dios la ha traído aquí para la revelación de un crimen inaudito. Esa revelación nos alcanza á todos; á mí, como á los demás, porque la maldad del mundo hace recaer la deshonra del criminal sobre todos los miembros de su familia.

—¡Ah! exclamó Roger. No lo creais.

—Yo no declino las responsabilidades que me alcanzan. El rayo fulminado en Elven ha caído también sobre mí. Todo se encadena. He aquí todos los males causados por vuestra perversidad. Juana Trelan está entre la vida y la muerte; María Ana ha acabado de perder la razón y los Kerandal están deshonrados. Convenid en que sois un hombre funesto, á quien es preciso odiar.

Roger se levantó.

—Teneis razón para despreciarme. Yo mismo me desprecio y no intentaré defenderme. Soy de mi tiempo y me he dejado arrastrar por la corriente general. No os amaba antes de conoceros. Ahora os amo. Me había jurado cambiar de vida... ¡Triste de mí! Todas mis esperanzas se han desvanecido. He soñado. Ya estoy despierto. Sé la resolución que debo tomar.

—¿Qué pensais hacer?

—Levantarme la tapa de los sesos.

—Sería un acto de justicia. Pero no os precipiteis. ¿Quién puede prever lo porvenir?

—Yo no espero nada.

—Tened fé y esperad.

—Vos no me permitireis esperar.

—Teneis razón. Pero, esperad.

—¿En quién?

—¿No os he dicho que conozco el medio de evitar esta irreparable locura?

—No os comprendo.

—No importa

Nicolasa se levantó á su vez.

—Sobre todo, no digais á nadie una palabra de lo que hemos hablado. Demasiados escándalos nos rodean.

Nicolasa dió un paso hácia la puerta.

—Os vuelvo á recomendar la mayor prudencia. ¡Ni una palabra! Mañana os propondré un negocio.

—¡Un negocio!

—¿No lo era vuestro matrimonio? No os levanteis la tapa de los sesos y esperad... Esperad.

—¡Nicolasa!

—Adios.

Cuando la puerta del salón se cerró detrás de Nicolasa, Roger cayó desplomado en uno de los sillones que había al lado de la chimenea.

## XVI

### En las cercanías de Penhoet

La noticia del matrimonio de la señorita de Fonterose con Roger de Ambares, aquella vez cierta, corrió con la velocidad del rayo por todo el país y cayó sobre la casa señorial de Penhoet como un verdadero rayo.

Aquella mansión destrozada como un mendigo italiano, desmantelada, pero sólida, como sus habitantes, estaba triste y lúgubre como una casa mortuoria.

Catalina no cantaba; consagróse exclusivamente al cuidado de María Ana, que más que viva parecía muerta: tan grande era su postración.

José limpiaba melancólicamente los pesebres.

Ibo se pasaba las horas muertas sentado al lado de la chimenea, sombrío, meditabundo, desesperado.

Por primera vez en su vida maldecía de su destino. ¿Qué había hecho para verse envuelto en tan terrible catástrofe?

Santa parecía tan loca como su madre.

Jacobo y Corentín estaban perpétuamente fuera de Penhoet.

¿Dónde encontrarlos?

Nadie lo sabía.

Cada cual se iba por distinto camino.

A la hora de comer, el rector, que no abandonaba á sus amigos en la adversidad, se presentó en Penhoet.

—¿Todavía teneis valor para traspasar los umbrales de esta casa? le preguntó Santa.

Todo el mundo podrá abandonaros, la contestó el santo varón, pero yo siempre seré fiel á vuestra amistad.

Por otra parte, llevaba buenas noticias.

El país en masa se había pronunciado en favor de la inocencia de los Kerandal.

Bretaña entera les quería.

Nadie creía en el crimen que se les imputaba.

El rector era un buen amigo de los Kerandal.

Los miembros de la familia fueron reuniéndose en torno de la mesa, excepto María Ana.

El reloj seguía marcando el curso del tiempo.

El péndulo no altera su paso por nuestras alegrías ni por nuestras tristezas.